

La caída de la flecha

Mercedes Lackey

Traducción:

Álvaro Sánchez-Elvira Carrillo



## Libros publicados de Mercedes Lackey

1. Las flechas de la reina
2. El vuelo de la flecha
3. La caída de la flecha

Título original: *Arrow's Fall*

Primera edición

© Mercedes R. Lackey, published by La Factoría de Ideas in arrangement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

Ilustración de cubierta: Jody A. Lee

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9800-550-9 Depósito Legal: B-622-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Energía, 11-27

08850 Gavà (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 3

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)**, que indique claramente:  
**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

Dedicado a:  
Andre Norton  
por la inspiración;  
Terri Lee  
por sus tempranos ánimos:  
y  
mi marido Tony  
por su comprensión  
de mi duradero romance  
con un procesador de texto.

## Prólogo

Hace mucho tiempo, tanto que los detalles del conflicto se han perdido y no se recuerdan más que algunas leyendas, las terribles guerras de brujería acabaron con el mundo de Velgarth. Su población quedó diezmada y los campos de cultivo se abandonaron al avance del bosque y a las criaturas mágicas que se habían utilizado en la lucha. Quienes lograron sobrevivir emprendieron el camino a la costa este, para recomponer allí sus maltrechas vidas. Pronto, el extremo este del continente se convirtió en la sede de la civilización, y el que fuera el centro de ese mundo se convirtió a su vez en tierra salvaje.

Sin embargo, los humanos son criaturas resistentes y su población no tardó en recuperarse, con lo que de nuevo fueron muchos los que volvieron al oeste para reclamar a la naturaleza sus antiguos territorios.

Uno de esos reinos era Valdemar. Fundado por el antiguo barón Valdemar y aquellos de sus seguidores que prefirieron el exilio a sufrir la cólera de un monarca cruel y egoísta, el reino de Valdemar se encontraba en el extremo noroccidental del mundo civilizado, limitado al norte y al noroeste por tierras salvajes que aún habitaban criaturas increíbles, y al oeste por el lago Evendim, un enorme mar interior. Viajar más allá de Valdemar era peligroso o, en el mejor de los casos, una aventura incierta. En el peor, un viajero podía traer consigo un misterioso castigo para los inocentes cuando las criaturas que encontraba en su camino le seguían hasta su punto de origen.

Debido en parte al carácter de sus fundadores, Valdemar ofrecía asilo a fugitivos y exiliados y, con el paso de los años, las costumbres y hábitos de su pueblo se convirtieron en una colorida amalgama que incluía

numerosas lenguas. De hecho, la única norma que guiaba a todos los monarcas de Valdemar era: «No hay un único camino correcto y verdadero».

Un reino con semejante variedad de súbditos habría sido imposible de gobernar de no ser por los heraldos de Valdemar.

Los heraldos tenían extraordinarios poderes, y sin embargo nunca abusaban de ellos, y el motivo, en el que en realidad se basaba todo el sistema, era la existencia de las criaturas conocidas como «Compañeros».

Para cualquier profano, un Compañero no sería más que un caballo blanco de aspecto imponente. Sin embargo, eran mucho más que eso. Enviados por un poder o poderes desconocidos en respuesta a las súplicas del propio rey Valdemar, eran tres en un principio, que establecieron vínculos con el rey, su heredero y el amigo en quien más confiaba, que era el heraldo del rey. Fue así que los heraldos asumieron una nueva importancia en Valdemar, y una nueva función.

Eran los Compañeros quienes escogían a los nuevos heraldos y creaban con ellos un vínculo mental que solo la muerte podía escindir. Aunque nadie sabía exactamente su grado de inteligencia, se creía que su capacidad era al menos igual que la de sus socios humanos. Los compañeros podían elegir —y así lo hacían— sin tener en cuenta el sexo o la edad del futuro heraldo y solían escoger a jóvenes que acababan de entrar en la adolescencia, sobre todo chicos. Los elegidos, aparte de mostrar cualidades como paciencia, generosidad, responsabilidad y una heroica devoción al deber, tenían en común el presentar indicios de habilidades psíquicas. La convivencia con el Compañero y el consiguiente desarrollo de su vínculo incrementaban los poderes paranormales latentes en el elegido. Con el tiempo, conforme los elegidos comprendían mejor sus dones, aprendían también técnicas especiales que les ayudaban a controlar y usar estos en todo su potencial. De forma gradual, estos dones desplazaron en importancia al conocimiento de la «magia verdadera», hasta que todos olvidaron que, en Valdemar, hubo un tiempo en el que esa magia se enseñó y se usó.

Así, el gobierno de Valdemar evolucionó; el monarca, asesorado por su Consejo, redactaba las leyes, mientras que los heraldos las aplicaban y vigilaban su cumplimiento. A los heraldos se los consideraba incapaces de corromper o abusar de sus poderes temporales. En toda la historia de

Valdemar solo un heraldo sucumbió a esa tentación. Su motivo había sido la venganza: obtuvo lo que deseaba, pero su Compañero le repudió y lo abandonó, y poco después el heraldo se suicidó.

Los elegidos tenían, por naturaleza, un marcado espíritu de sacrificio que su adiestramiento se encargaba de reforzar. Y así debía ser, ya que los heraldos morían no pocas veces en el cumplimiento de su deber. Sin embargo, y a pesar de todo, eran humanos, la mayoría jóvenes que vivían al límite, por lo que resultaba inevitable que, cuando no estaban de servicio, tuvieran cierta tendencia al hedonismo y fueran cualquier cosa menos castos. Sin embargo, las relaciones de los heraldos raramente iban más allá de la amistad o el placer del momento, quizá porque su vínculo de amistad era muy fuerte y porque la unión entre heraldo y Compañero dejaba poco espacio para crear ninguna otra relación de carácter permanente. En cualquier caso, ni nobles ni plebeyos se lo tenían en cuenta porque a pesar de que los heraldos pudieran ser unos libertinos cuando estaban de permiso, en cuanto se ponían su blanco uniforme, se transformaban en otro ser, ya que un heraldo de uniforme era un heraldo de servicio y un heraldo de servicio no tenía tiempo para nada que no fuera cumplir con su deber, y mucho menos para frivolidades como la búsqueda de su propio placer. Pero había quienes no pensaban de igual modo...

Las leyes dictadas por el primer rey establecían que el monarca también debía ser un heraldo. De esta forma, se garantizaba que el gobernante de Valdemar jamás fuese un tirano como el que obligó a los fundadores del reino a abandonar sus hogares.

El segundo en importancia, después del monarca, era el heraldo conocido como el «heraldo del rey o la reina». Elegido por un Compañero especial, un semental que jamás envejecía, aunque no era inmortal, el heraldo de la reina ocupaba el puesto de confidente, amigo fiel y consejero del gobernante. Así, los monarcas de Valdemar sabían que siempre tendrían cerca al menos una persona en la que confiar bajo cualquier circunstancia. Esta organización del poder proporcionaba dirigentes estables y fiables y, por lo tanto, un gobierno seguro y consolidado.

Durante generaciones, se creyó que el rey Valdemar había dado con el sistema perfecto; sin embargo, hasta las mejores estrategias pueden acabar burladas por el azar o la casualidad.

Bajo el reinado de Sendar, el reino de Karse, que lindaba con el sudeste de Valdemar, contrató a una nación nómada de mercenarios para que atacaran Valdemar. Durante la consiguiente guerra, Sendar fue abatido y su hija, Selenay, lo sucedió en el trono a pesar de que no tenía experiencia, pues acababa de completar su preparación como heraldo. El heraldo de la reina, un hombre ya mayor llamado Talamir, se sentía confuso e incómodo con frecuencia por tener que aconsejar a una joven tan atractiva y testaruda. Como consecuencia, Selenay se equivocó al elegir marido; un error que casi le cuesta el trono y la vida.

Fruto de ese matrimonio nació una niña, la posible heredera, a la que Selenay llamó Elspeth. Elspeth creció bajo la nefasta influencia del aya que su padre trajo expresamente de su tierra antes de morir, Hulda, que convirtió a la niña en una cría intratable y caprichosa. Resultaba evidente que si las cosas seguían como hasta entonces, la niña jamás sería una elegida y, debido a ello, no podría reinar. Eso dejaba a Selenay tres opciones: una era la de volver a casarse, con los riesgos que ello implicaba, e intentar tener otro heredero más adecuado, o usar su poder para nombrar heredero a un elegido que además fuera del linaje correcto. La tercera posibilidad era salvar a la posible heredera. Talamir ideó un plan con bastantes probabilidades de éxito.

Entonces Talamir fue asesinado y su muerte sumió de nuevo al reino en la confusión. Su Compañero, *Rolan*, eligió a un nuevo heraldo de la reina, pero en lugar de escoger a un adulto o a alguien que ya fuera heraldo, prefirió a una adolescente llamada Talia.

Talia era de Holderkin, un puritano pueblo fronterizo cuyos habitantes procuraban mantenerse aislados del mundo exterior. Talia no tenía ni idea de lo que significaba que un Compañero la buscara y se la llevara consigo. En su mundo, las mujeres ocupaban posiciones subordinadas y el inconformismo era castigado severamente. No estaba preparada para el nuevo mundo de los heraldos y su collegium. Sin embargo, en lo que sí tenía experiencia era en cuidar y enseñar a niños pequeños, ya que había tenido que ocuparse de los más jóvenes de su feudo desde que cumplió los nueve años.

Consiguió domar a la niña malcriada, y de hecho, Elspeth logró ser elegida justo antes de que Talia fuera enviada a realizar sus prácticas.

Durante dichas prácticas, ella y Kris, el heraldo elegido para ser su mentor, descubrieron algo terrible y potencialmente fatal, no solo para

ellos, sino para cualquiera que estuviera cerca de Talia. A causa del caos que siguió a su primer entrenamiento para controlar su talento, nunca había recibido un adiestramiento formal. Su talento era la empatía, tanto receptiva como proyectiva, y era lo suficientemente potente para utilizarla como arma. No fue hasta que dejó su poder libre de ataduras que ella y Kris fueron capaces de reprimirla de modo que el control se convirtiera en una cuestión de voluntad más que de instinto.

En ocasiones, aún dudaba acerca de los aspectos éticos de su talento.

También dudaba acerca de algo completamente distinto: otro heraldo. Dirk era el mejor amigo de Kris, y su compañero, y Talia, tras haber estado con él tan solo un puñado de veces, ninguna de ellas de manera íntima, se sintió atraída por él, hasta casi llegar a la obsesión. Existía un precedente para dicha preocupación; en raras ocasiones, los heraldos formaban un vínculo con otro heraldo tan profundo y duradero como el vínculo que unía a heraldo y Compañero. Dicho vínculo se conocía como «vínculo de por vida». Kris estaba seguro de que era eso lo que estaba afectando a Talia. Ella no estaba tan segura.

Solo era una complicación menor para unas prácticas que incluían batallas, innumerables problemas, intrigas, rumores acerca de ella que volaban de boca en boca y un talento que era un peligro para sí misma y para otros.

Por fin, el año y medio llegó a su fin, y regresó a casa.

Allí le esperaba una relación incierta, una susceptible heredera adolescente, todas las intrigas de la corte... y, posiblemente, un enemigo, lord Orthallen, que además era el tío de Kris.



*Podríamos ser hermanos*, pensó Kris, mientras miraba a la heraldo que le acompañaba. *Quizá gemelos...*

Talia se sentaba a lomos de *Rolan* con despreocupada ligereza, lo que no era de extrañar, dado que había pasado la mayor parte de su tiempo de vigilia durante sus prácticas en el norte a lomos de su Compañero. Kris asumía una postura igualmente cómoda por el mismo motivo. Tras todo este tiempo podrían fácilmente haber comido, dormido, e incluso haber hecho el amor sobre sus monturas. Las dos primeras cosas las habían conseguido, y más de una vez. No habían intentado la tercera, pero Kris había oído rumores que aseguraban que otros heraldos lo habían hecho. No era algo que tuviera ganas de comprobar, en realidad.

Esperaban llegar a la capital y al collegium poco antes del anochecer, así que ambos lucían sus uniformes más limpios y elegantes. Los uniformes heráldicos blancos, los que se utilizaban para el trabajo de campo, eran de un cuero resistente y duradero, pero después de dieciocho meses solo les quedaba un uniforme mínimamente aceptable a cada uno, y los habían estado reservando para hoy.

*Estamos presentables. Lo que no es decir gran cosa*, se repitió a sí mismo Kris lastimeramente, mientras examinaba la rodilla izquierda de sus pantalones con pesar. La superficie del cuero estaba tan gastada que tenía una cierta tendencia a acumular suciedad. Y la suciedad era muy visible en el blanco de los uniformes heráldicos. Ambos uniformes tenían un cierto tono gris tras cabalgar todo el día. Quizá un ojo no entrenado no lo notase, pero Kris sí que lo hacía.

*Tantris* corveteó un tanto, y Kris se dio cuenta de repente de que su montura estaba igualando su paso al de *Rolan*, la montura de Talia.

—*A propósito, hermano bípedo*—le llegó el pensamiento de *Tantris*, coloreado con un matiz de risa—. *Dado que tenéis un aspecto tan desarrapado, pensamos que sería buena idea hacer que no llamarais demasiado la atención. Nadie os mirará dos veces si nosotros nos pavoneamos un poco.*

—*Gracias, creo.*

—*Por cierto, nadie creería que sois gemelos. Su pelo es demasiado rojo, y es demasiado baja. Pero sí hermanos. Aunque esos ojos azules tuyos...*

—*Los ojos azules son cosa de familia*—replicó Kris con fingida indignación—. *Mi padre y mi madre tienen los ojos azules.*

—*Entonces, si fuerais hermanos, tu madre debería haber escondido a un bardo en el armario para que Talia tuviera ojos castaños y el pelo rizado.*—*Tantris* brincó y arqueó el cuello, y uno de sus ojos de color zafiro lanzó una mirada burlona a su elegido.

Kris miró de nuevo a Talia, y comprendió que *Tantris* tenía razón. Su pelo era demasiado rojizo, y demasiado rizado como para formar parte del mismo linaje que había producido los mechones lisos y oscuros de Kris. Y Talia apenas le llegaba a la barbilla. Pero ambos tenían rostros delgados y con una cierta forma de corazón, y además los dos se movían de manera parecida.

—*El entrenamiento de Alberich. Y de Keren.*

—*Es posible.*

—*Pero tú eres más guapo que ella. Eso ya lo sabes.*

Kris soltó una inesperada risotada, lo que hizo que Talia le mirase, confundida.

—*¿Puedo preguntar...?*

—*Tantris*—replicó, aspirando profundamente el aire fragante, y riendo—. *Se está burlando de mí por mi vanidad.*

—*Ojalá*—replicó Talia con una más que notable melancolía—*alguna vez pudiera hablarle a Rolan de ese modo.*

—*Deberías estar contenta de no poder hacerlo. Te ahorras muchas respuestas insolentes.*

—*¿Estamos muy lejos de casa?*

—*Nos queda algo más de una hora.*—Kris contempló el verde paisaje con evidente satisfacción; de cuando en cuando aspiraba profundamente

el aire cargado del aroma de las flores—. Una moneda de plata por tus pensamientos.

—¿Tanto? —Talia rió, y se giró en la silla para mirar a Kris—. Una moneda de cobre sería más apropiada.

—Deja que sea yo el que juzgue eso. Después de todo, he sido yo el que ha preguntado.

—Así es.

Cabalaron en silencio, bajo la sombra de los árboles, durante varias leguas; Kris estaba decidido a dejar que Talia respondiera cuando lo considerara adecuado. El pausado tintineo de las bridas y el sonido de los cascos de sus Compañeros sobre la dura superficie del camino tocaban una especie de música que resultaba relajante.

—Ética —dijo Talia por fin.

—¡Vaya, eso sí que es una idea árida!

—Supongo que lo es. —Talia ocultó sus pensamientos de nuevo; sus ojos parecieron perderse, y Kris tosió para recuperar su atención.

—Estabas en otra parte —la reprendió amablemente, cuando Talia se sobresaltó ligeramente—. Bien, habías mencionado la ética. ¿A qué te refieres?

—A mi talento. En concreto, a usarlo...

—Creía que habías llegado a aceptarlo.

—En una situación de amenaza, sí. En una situación en la que no hay un castigo justo y apropiado según los procedimientos normales.

—Ese... violador de niños.

—Exacto. —Talia se estremeció—. Pensé que no volvería a sentirme limpia después de tocar su mente. Pero... ¿qué podría haber hecho con él? ¿Ordenar su ejecución? Eso... no sería suficiente castigo para lo que hizo. No sería adecuado en absoluto. Y por mucho que me hubiera gustado haberle arrancado la piel a tiras muy despacio, los heraldos no torturan.

—¿Qué le hiciste? En detalle, quiero decir. Antes no quisiste hablar sobre ello.

—Fue... una especie de técnica de sanación de mente al revés: dependía del hecho de que soy una émpata proyectiva. No recuerdo cómo lo llamaba Devan, pero consiste en vincular un pensamiento específico con otro pensamiento o un conjunto de pensamientos que tú construyes. De ese modo, cada vez que la persona piensa ese pensamien-

to, también recibe lo que tú quieres que piense. Como con Vostel, cada vez que decidía que era culpa suya, recibía lo que yo había colocado ahí dentro.

—¿Y qué era?

Talia sonrió.

—«¡La próxima vez no seré tan estúpido!». Y cuando estuviera listo para rendirse a causa del dolor, recibiría: «Pero no es tan malo como ayer, y mañana estaré mejor». En realidad no eran palabras, sino emociones.

—En ese caso, mucho mejor que las palabras —dijo Kris, pensativo, mientras ahuyentaba una mosca distraídamente.

—Eso dijo Devan. Bien, hice algo parecido con... con esa cosa. Tomé uno de los peores conjuntos de recuerdos de su hija adoptiva, y los uní a todas sus emociones sobre las mujeres. Y mantuve el punto de vista, para que le pareciera que él era la víctima. Ya viste lo que ocurrió.

Kris se estremeció.

—Se volvió loco —dijo—. Simplemente cayó de bruces, con espuma saliéndole de la boca.

—No, no se volvió loco. Se encerró a sí mismo en una repetición interminable de lo que yo había colocado en su mente. Es un castigo adecuado; recibe exactamente lo que él hizo a sus hijas adoptivas. Es justo, o al menos eso creo, porque si llega a cambiar su actitud puede librarse de ello. Claro que si lo hace —sonrió burlonamente—, podría encontrarse a sí mismo entre la espada y la pared por el asesinato de su hija adoptiva mayor. La ley prohíbe la ejecución de un loco, pero no salva a quien ha recuperado la cordura. Además, lo que hice debería satisfacer a su hija adoptiva, que, después de todo, es quien verdaderamente queremos que salga de todo esto sin sufrir más daños.

—Entonces, ¿cuál es el problema ético?

—Fue una situación límite, una situación de amenaza. Pero, ¿es ético leer a la gente, por ejemplo, durante una sesión del Consejo y utilizar esa información?

—*Hum...* —A Kris no se le ocurría qué responder.

—¿Lo ves?

—Mirémoslo desde otro ángulo. Puedes leer las mentes y los cuerpos de las personas. A todos nos han enseñado a hacerlo. ¿Dudarías antes de utilizar esos conocimientos en el Consejo?

—No, claro. —Talia cabalgó en silencio durante unos instantes—. Supongo que lo verdaderamente importante no es si lo haría sino cómo utilizaría esa información.

—Eso suena razonable.

—Quizá demasiado —replicó Talia, vacilante—. Es tremendamente fácil encontrar una justificación racional para lo que quiero hacer. En algunos casos, no tengo elección. No es como detectar los pensamientos: tengo que escudarme activamente para bloquear pensamientos. La gente pasea sus pensamientos ante mis narices constantemente, sobre todo cuando están nerviosos.

Kris sacudió la cabeza.

—Solo puedo decir que debes hacer lo que consideres mejor en cada momento. Es todo lo que podemos hacer.

—*Sin duda, oh gran sabio.*

Kris no prestó atención al comentario burlón de su compañero. Planeaba seguir interrogando a Talia, pero cambió de idea cuando oyó el sonido de un caballo galopando, dirigiéndose hacia ellos por el camino. El sonido de sus cascos llevaba el inconfundible sello de los Compañeros.

—Eso...

—Suena como un Compañero, sí. Y al galope. —Kris se incorporó sobre los estribos para tener una mejor vista—. Dama Brillante, ¿y ahora qué?

Jinete y montura fueron visibles cuando coronaron la cima de la colina.

*Es Cymry. Tantris* había estirado las orejas. *Está delgada. Ya debe de haber parido.*

—Es *Cymry* —afirmó Kris.

—Lo que significa que Skif... Y dado que apuesto a que acaba de parir, no es un paseo de placer lo que les trae aquí.

La última vez que habían visto al ladrón convertido en heraldo había sido algo más de nueve meses atrás, cuando se había reunido con ellos a mitad de trimestre. *Cymry* había estado retozando con *Rolan*, y tanto ella como su elegido habían olvidado la casi sobrenatural fertilidad de los sementales de la Gruta. El resultado era evidente, para desgracia de *Cymry*, y de Skif.

Talia conocía a Skif mucho mejor que Kris. Habían sido buenos amigos en su época de estudiantes, tanto que habían hecho un pacto de

hermanos de sangre. Habían sido tan íntimos que Talia podía leerle desde la distancia mucho mejor que Kris.

Talia se tapó los ojos con la mano y asintió ligeramente.

—Bien, no es un desastre —dijo—. Es algo importante, pero no una emergencia.

—¿Cómo puedes saberlo desde esta distancia?

—En primer lugar, no hay un exceso de emociones. Además, si fuera algo grave, su rostro estaría completamente desprovisto de expresión. Parece un poco preocupado, pero podría ser por *Cymry*.

Skif les vio y les saludó con amplios ademanes, y *Cymry* aflojó el ritmo. Ellos avivaron su paso, para fastidio de las mulas de carga.

—¡Por todos los cielos, me alegra veros! —exclamó Skif cuando estuvieron lo suficientemente cerca—. *Cymry* aseguraba que estabais cerca, pero temía que tendría que cabalgar un par de horas, y odio obligarla a dejar al pequeño tanto tiempo.

—Parece que nos esperabas. ¿Qué ocurre, Skif? —preguntó Kris con preocupación—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No te esperaba a ti, sino a ella. No es un asunto oficial. No queremos que nadie sepa que has sido advertida, Talia. Me he escapado para transmitir un mensaje de una dama en apuros.

—¿Quién? ¿Elspeth? ¿Selenay? ¿Qué...?

—Dame un minuto, ¿quieres? Estoy tratando de decírtelo. Elspeth me pidió que hablara contigo antes de que regresaras. Parece que el Consejo está intentando casarla, y la perspectiva no la emociona demasiado. Quiere que lo sepas para que puedas reunir un buen puñado de razones para la reunión del Consejo de mañana.

Skif hizo que *Cymry* se colocara junto a ellos, y reanudaron su camino.

—Alessandar ha hecho una oferta formal por ella, para Ancar. Una oferta muy ventajosa. Prácticamente todos en el Consejo están a favor, salvo Elcarth, Kyril, y Selenay. Llevan dos meses discutiendo sobre ello, pero ha empezado a ser serio la última semana, y parece que la resistencia de Selenay está empezando a ceder. Por eso Elspeth me ha enviado para buscarte. Me he escabullido los tres últimos días, esperando verte antes de que llegaras para avisarte de lo que ocurre. Si tú la apoyas, Selenay tiene opción de veto, ya sea para aplazar el matrimonio hasta que Elspeth haya finalizado su formación o para anular la

propuesta por completo. Elspeth no quería que los consejeros más excitables supieran que te estábamos advirtiéndolo, pues de lo contrario quizá habrían presionado más a Selenay para tomar una decisión antes de que llegaras.

Talia suspiró.

—Así que no se ha decidido nada —dijo—. Bien. Puedo ocuparme de ello fácilmente. ¿Pues adelantarte a nosotros? Deja que tanto Elspeth como Selenay sepan que llegaremos a tiempo para la cena. No puedo hacer nada ahora, de cualquier modo, pero mañana solucionaremos este lío en la sesión del Consejo. Si Elspeth quiere verme antes, estoy a su disposición. Probablemente me encontrará en mis aposentos.

—Tus deseos son ordenes —replicó Skif. Como bien sabían los tres, Skif conocía la capital y el palacio como si fueran la palma de su mano. Llegaría allí mucho antes que ellos.

Mantuvieron el ritmo de las mulas mientras Skif enviaba a *Cymry* en una dirección diagonal al camino; la montura levantó tras de sí una nube de polvo. Continuaron como si no se hubieran encontrado con él, pero Kris miró a Talia con gesto entre preocupado y divertido. Aún no estaban oficialmente «en casa», y ya habían comenzado las intrigas.

—¿Te preocupa algo más?

—Francamente —dijo Talia por fin—, estoy nerviosa por volver a casa. Tan nerviosa como si fuera una gata a punto de tener gatitos.

—¿Por qué? ¿Y por qué ahora? Lo peor ya ha pasado. Eres un heraldo de pleno derecho, has completado todo tu entrenamiento. ¿Qué te pone nerviosa?

Talia miró en torno suyo, a los campos, las lejanas colinas, a cualquier cosa menos a Kris. Una cálida brisa primaveral, cargada de aromas florales, revolvió su cabello y colocó un par de mechones frente a sus ojos, lo que la hizo parecer un potro temeroso.

—No sé si debería hablarlo contigo —dijo Talia a regañadientes.

—Si no es conmigo, entonces ¿con quién?

Talia le miró tentativamente.

—No lo sé... —dijo.

—No —dijo Kris, algo dolido por las reservas de Talia—. Lo sabes. Simplemente no sabes si puedes confiar en mí. Ni siquiera después de todo lo que hemos pasado juntos.

Talia se estremeció.

—Eso ha sido tan exacto que resulta desconcertante. Pensaba que la franqueza era mi principal pecado.

Kris alzó la vista al cielo como solicitando de manera exagerada paciencia, entrecerrando los ojos ante la brillante luz del sol.

—Soy un heraldo —dijo—. Tú eres un heraldo. Si hay algo que deberíamos saber ya, es que siempre puedes confiar en otro heraldo.

—¿Incluso si mis sospechas entran en conflicto con los lazos de sangre?

Kris la miró de nuevo.

—¿Como por ejemplo?

—Tu tío, lord Orthallen.

Kris frunció los labios y silbó entre dientes.

—Pensaba que te habías olvidado de eso hace un año. Solo por la pequeña disputa que tuvisteis por Skif crees que conspira continuamente en la sombra. Ha sido muy bueno conmigo, y con media docena más de personas que podría nombrarte ahora mismo, y su ayuda ha sido muy valiosa para Selenay, como lo fue para su padre.

—¡Tengo buenos motivos para creer que conspira en la sombra! —replicó Talia, alterada—. Creo que tratar de meter en un lío a Skif formó parte de una larga serie de actos, que fue un intento de aislarme...

—¿Por qué? ¿Qué podría ganar con ello? —Kris estaba harto y frustrado; no era la primera vez que tenía que defender a su tío. Más de un heraldo había afirmado que Orthallen tenía demasiadas ansias de poder para confiar en él por completo, y Kris siempre había sentido que el honor le obligaba a defender a su tío. Pensaba que Talia había abandonado sus sospechas hacía meses, al considerarlas irracionales. Le molestó enormemente descubrir que no había sido así.

—¡No sé por qué...! —gritó Talia con frustración, sosteniendo con fuerza las riendas—. Solo sé que no he confiado en él desde la primera vez que le vi. Y ahora tendré el mismo rango en el Consejo que Kyril y Elcarth, con voz y voto en las decisiones. Eso podría enfrentarnos más amargamente que nunca.

Kris respiró profundamente tres veces y trató de mantener la calma y de ser racional.

—Talia, quizá no te guste, pero nunca has tenido problemas para mantener tu disgusto a un lado cuando se trata de tomar decisiones, por lo que yo sé... y mi tío es muy razonable...



—Pero no puedo leerle. No consigo averiguar sus motivos, y no puedo imaginar por qué siente ese antagonismo hacia mí... pero sé que es así.

—Creo que estás exagerando —replicó Kris, que seguía manteniendo a raya su temperamento—. Ya te he dicho antes que no eres tú quien le ha ofendido, suponiendo que esté realmente ofendido, sino que probablemente se siente como un oponente derrotado. Esperaba ocupar el lugar de Talamir como el más estrecho consejero de Selenay cuando Talamir fue asesinado.

—¿Y anular las funciones del heraldo de la reina? —Talia negó con la cabeza vigorosamente—. Cielos, Kris, ¡Orthallen es un hombre inteligente! No puede haber imaginado que algo así sería posible. No tiene el talento, para empezar. Y no estoy exagerando en lo que a él respecta.

—Vamos, Talia...

—¡No seas condescendiente! Fuiste tú el que me decía que debía seguir mis instintos, y ahora me dices que no puedo confiar en mis instintos, porque me dicen algo que tú no quieres creer.

—Porque es algo infantil y estúpido —resopló Kris.

Talia respiró profundamente y cerró los ojos.

—Kris, no estoy de acuerdo contigo, pero no discutamos por esto.

Kris se guardó lo que quería decir. Al menos Talia no iba a obligarle a mantenerse a la defensiva.

—Como quieras —dijo.

—No... no es lo que quiero. Lo que quiero es que me creas, y que confíes en mi buen juicio. Si no puedo tener eso... bien, entonces simplemente no quiero discutirlo.

—A mi tío —dijo Kris con cautela, tratando de ser justo con ambas partes— le agrada el poder. No le gusta cederlo. En sí mismo, eso quizá sea el motivo por el que ha mostrado un cierto antagonismo contra los heraldos y contra ti en particular. Simplemente mantente firme y tranquila, y no cedas ni un milímetro cuando creas tener razón. Se resignará. Como has dicho, no es estúpido. Es lo bastante listo como para no seguir luchando cuando sabe que no puede ganar. Nunca seréis amigos, pero no creo que tengas que temerle. Quizá le agrade el poder, pero siempre ha demostrado que en el centro de sus preocupaciones está el bienestar del reino.

—Ojalá sintiera la misma confianza que tú. —Talia suspiró y se revolvió en su asiento sobre la montura, como si quisiera mejorar una posición algo incómoda.

Kris comenzó a replicar, pero se lo pensó mejor, y sonrió. En ese momento más valdría cambiar de tema.

—¿Por qué no te preocupas por otra cosa, Dirk, por ejemplo?

—Bruto. —Talia sonrió cuando vio que se estaba riendo de ella.

—Quizá lo sea. Seguro que él me dice lo mismo. Bueno, lo mejor que puedes hacer sobre ese pequeño problema es dejar que las cosas sigan su curso natural. Antes o después, terminará por hacer algo... ¡aunque tenga que obligarle yo mismo!

—Y además insensible. —Talia le miró con gesto de exagerada maldad e hizo un mohín.

—Te lo aseguro —replicó Kris de buen humor—. Voy a disfrutar enormemente buscándoos las cosquillas a los dos.

Talia se obligó a sí misma a mantener la calma. Como le había dicho a Skif, no había mucho que pudiera hacer por el momento. Había otras cosas que quería averiguar antes de ocupar su puesto en el Consejo, por la mañana... como si los rumores según los cuales había abusado de su talento para manipular a otros seguían circulando. Y quién se encargaba de que fuera así. A estas alturas, era demasiado tarde para averiguar quién los había originado.

Mientras se aproximaban al límite exterior de la ciudad y a la muchedumbre, comprendió por las malas la extrema sensibilidad que había adquirido su talento de empatía. La presión de todas las emociones que la aguardaban era tan poderosa que no podía creer que Kris no lo notara. Deseó, y no por primera vez, que su talento incluyera el habla mental; hubiera resultado reconfortante hablar con *Rolan* del mismo modo que Kris hablaba con *Tantris*. Había olvidado lo que era vivir alrededor de tanta gente, y el hecho de haber perdido el control de su talento la había sensibilizado hasta extremos que nunca había alcanzado antes de marcharse. No iba a ser fácil mantenerse firmemente escudada noche y día, pero su percepción mejorada iba a exigir justamente eso. Sintió un cierto solaz proveniente de *Rolan*, y sonrió ligeramente a pesar de su ansiedad.

Se abrieron paso por el camino, cada vez más poblado, que entraba a la parte exterior de la ciudad, fuera de los antiguos muros defensivos, que se habían levantado a lo largo de varias generaciones de paz. En la ciudad interior estaban los comercios, las mejores tabernas y los hogares de la clase media y la nobleza. En la ciudad exterior se ubicaban los talleres, los mercados, las pensiones y posadas más rudas, y los hogares de los trabajadores y los pobres.

La multitud de la ciudad exterior era ruidosa y animada. Como la primera vez que entró en la capital, Talia se sintió asaltada por doquier por imágenes, olores y sonidos. La miríada de aromas de los guisos, las posadas y los vendedores de alimentos se mezclaba con los olores menos agradables de los animales y el comercio.

La presión de las variadas emociones de las personas que la rodeaban amenazaron con abrumarla por un instante, hasta que reforzó sus escudos. *No, pensó resignada, esto no va a ser fácil.*

El camino atravesaba un caos de color y movimiento, y el ruido era cacofónico, una confusión que no imitaba la confusión que Talia sentía en su interior.

Los trabajadores del cuero ocupaban un sector aquí, frente a la puerta del norte, y tanto Talia como Kris fueron sorprendidos con la guardia baja cuando una nube de gases acres escapada de una tinaja cercana hizo que le escociesen los ojos.

—¡Uf! —jadeó Kris, riendo por las lágrimas que adornaban su vista, y la de Talia—. Ahora recuerdo por qué Dirk y yo solíamos retroceder hasta la puerta del mercado del heno. ¡Bueno, ahora es demasiado tarde!

La pequeña pausa que se tomaron para aclararse la vista le dio a Talia la oportunidad de terminar de hacer su escudo automático. En su sector, y una vez que hubo recuperado sus escudos, solía dejarlos bajados cuando estaban solo ellos dos. Los escudos gastaban energía, y en ese momento no tenía mucha para malgastar. Ahora puso en su lugar las salvaguardas que garantizarían que sus escudos se mantuvieran alzados aunque estuviese inconsciente, y sintió una punzada de gratitud hacia Kris por haberle enseñado de nuevo la manera correcta de escudarse.

---

Kris no apartó la vista de ella mientras se abrían paso a través del gentío. Si iba a perder el control, sería ahora, bajo la presión de todas estas emociones.

No estaba preocupado.

—*¿No, eh? Quizá debería pedirle que te envíe uno de esos contragolpes emocionales.*

—*No, gracias. Ya experimenté uno, ¿recuerdas? Rolan por poco me funde el cerebro.* —La comunicación de *Tantris* adquirió un tinte más serio—. *Sabes, no deberías tomarle el pelo sobre lo de Dirk. No es sencillo sobrellevar los vínculos de por vida cuando no han sido reconocidos por las dos partes.*

Kris miró asombrado las orejas de su Compañero, orientadas hacia atrás.

—*¿Estás seguro? Quiero decir, sin duda muestra todas las señales del vínculo de por vida, pero...*

—*Estamos seguros.*

—*¿Por casualidad sabes cuándo...?* —preguntó a su compañero.

—*Dirk fue el primer heraldo que vio Talia; Rolan cree que pudo haber sido entonces.*

—*¿Tan pronto? Cielos, ese sería un vínculo poderoso, sin duda...* —Kris siguió observándola y sonrió mentalmente; el pensamiento desapareció poco después.

Los comerciantes y sus clientes se voceaban alegremente los unos a los otros por encima del estrépito de los vehículos, los berreos de los niños y los chillidos de los animales. Y sin embargo, ninguno parecía prestar la menor atención a los dos heraldos que pasaban junto a ellos. Un camino parecía abrirse ante los heraldos, y alguno les saludó con una sonrisa o tocando el ala de su sombrero. El guarda de la puerta exterior les saludó cuando pasaron junto a él; los guardas estaban acostumbrados a las idas y venidas de los heraldos. Cabalgaron a través del túnel que pasaba bajo los gruesos muros de granito gris de la ciudad vieja, y el escándalo de la calle se atenuó por un momento. Entonces salieron a las calles más estrechas de la misma capital. Quedaba tan solo una hora hasta la cena y las calles estaban repletas de gente, más de lo que Kris podía recordar. Aquí en la ciudad vieja no había tanto ruido, pero las calles estaban igualmente llenas. Después de meses pasados en pequeños pueblos, Kris se encontró a sí mismo maravillado ante la multitud y las casas de piedra, amontonadas las unas contra las otras y de varios pisos,

como si contemplara todo eso por primera vez. Durante muchos meses, el repiqueteo de las bridas de sus Compañeros había sido el sonido más intenso que habían oído; ahora, ese sonido quedaba completamente ahogado bajo el escándalo que les rodeaba.

Las calles se habían diseñado formando una espiral; nadie podía avanzar directamente hacia el palacio, como ocurría en la mayoría de las ciudades antiguas que se habían construido con la defensa en mente. Kris les guió por un sendero que se curvaba hacia dentro. El tumulto murió poco a poco a sus espaldas a medida que dejaban atrás los comercios y se adentraban en el núcleo residencial interior. Las modestas residencias de los comerciantes dieron paso gradualmente a los edificios más impresionantes propiedad de los ricos y los nobles, cada uno de ellos separado de la calle por un muro privado que encerraba la mansión y un jardín. Terminaron por llegar al muro interior de ladrillos beises que rodeaba el palacio y los tres collegium: el bárdico, el heráldico y el de los sanadores. La guarda del palacio que vigilaba la puerta, vestida de azul y plata, les detuvo un instante mientras comprobaba que sus nombres aparecían en una lista de personas cuya llegada se esperaba. Se mantenían estrictos registros de los regresos de los heraldos de sus actividades fuera del palacio; en el caso de los que regresaban desde sectores lejanos, el cálculo tenía un margen de error de dos o tres días; en el caso de los que llegaban de sectores cercanos, el margen de error era de apenas unas horas. Esta lista estaba en poder de la guardia que vigilaba la puerta, de modo que cuando un heraldo se retrasaba, alguien se daba cuenta, y se podía averiguar el motivo rápidamente.

—¿Ha llegado ya el heraldo Dirk? —preguntó Kris a la guarda de cabello castaño cuando dio con sus nombres.

—Llegó hace dos días, heraldo —replicó la mujer, mientras consultaba la lista—. Quien le recibió anotó que preguntó por vosotros dos.

—Gracias, guarda. Me alegra verte. —Kris sonrió, y espoleó a *Tantris* para que atravesara la puerta que la centinela mantenía abierta. *Rolan* entró detrás.

Kris siguió observando a Talia detenidamente, con orgullo satisfecho por el comportamiento de la muchacha. Los últimos meses habían sido un infierno para ella. El control de su talento se había basado enteramente en el instinto, y no en un entrenamiento adecuado; nadie lo había conseguido antes. Los rumores que afirmaban que Talia había utilizado su talento para manipular —y lo que era peor, afirmaban que lo hacía

inconscientemente— la habían afectado mucho. A Talia le resultó sencillo detectar las dudas que el propio Kris albergaba acerca de la veracidad de dichos rumores. Y para alguien cuyo talento se basaba en las emociones, y que era a menudo presa de las dudas, el efecto podría haber llegado a ser catastrófico.

Eso al menos era evidente. Había perdido el control de su talento, que, afortunadamente, seguía estando en pleno vigor. Había perdido la habilidad de escudarse, y sus proyecciones eran incontroladas. Casi les había matado a los dos en más de una ocasión.

*Tuvimos suerte de que, en el peor momento, la nieve nos obligara a detenernos en ese apeadero. Solo estábamos nosotros dos, y estuvimos aislados el tiempo suficiente para que recuperara el control de sí misma.*

Y entonces se topó de nuevo con los rumores, esta vez circulando entre la gente de las afueras. Más de una vez la habían contemplado con miedo y sospecha, y sin embargo Talia nunca había dejado de cumplir con su deber, y nadie habría pensado, al mirarla, que no mantenía el control de sí misma. Durante un mes había realizado numerosas actuaciones, hazaña que un jugador entrenado hubiera sido incapaz de igualar.

Era fundamental que un heraldo mantuviera la estabilidad emocional en todo momento. Esto era especialmente cierto en lo que respectaba a los heraldos de la reina, que trataban con nobles imprevisibles y se enfrentaban a las intrigas de la corte a diario. Talia había perdido esa estabilidad, pero después de completar su entrenamiento había logrado recuperarla, y aumentarla.

Kris consiguió que lo mirara, y le guiñó un ojo en un gesto de ánimo; Talia mudó por un instante su solemne gesto y arrugó la nariz.

Pasaron junto a las barracas de los guardas y se acercaron a la verja de hierro negro que separaba la zona pública del palacio de la parte privada y los tres collegium. En esta puerta había otro guarda, pero su función era principalmente interceptar a los recién elegidos. Les indicó que pasaran con una sonrisa. Por fin era visible el grandioso núcleo granítico del palacio con sus tres enormes alas de ladrillos y los edificios independientes de los collegium de los sanadores y los bardos. Kris dejó escapar un suspiro de felicidad. No importaba de dónde viniera un heraldo; este lugar, y sus ocupantes, eran su verdadero hogar.

---

Una oleada de cálida satisfacción invadió a Talia cuando vio el collegium y el palacio; sentía que había vuelto a casa.

Justo cuando cruzaron la última puerta, oyó un grito de alegría, y Dirk y *Ahrodie* recorrieron el sendero pavimentado al galope para llegar a su encuentro. El cabello rubio de Dirk saltaba como si fuera un nido de ave agitado por un fuerte viento. Kris hizo retroceder a *Tantris*, y Dirk bajó de un salto de lomos de *Ahrodie*; se encontraron con un fuerte abrazo, entre risas.

Talia permaneció sobre su montura; al ver a Dirk, su corazón se había encogido, y ahora le latía con tanta fuerza que le parecía que debía de ser perfectamente audible. Sus preocupaciones respecto a Elspeth y las intrigas de la corte retrocedieron al rincón más oscuro de su mente.

Estaba fuertemente escudada, temerosa de que algo escapara.

La atención de Dirk se centraba fundamentalmente en ella, y no en su amigo y compañero.

Dirk les había estado esperando todo el día, repitiéndose a sí mismo que era la compañía de Kris la que echaba de menos. Se había sentido como un arco tensado, sin ser capaz de identificar el motivo de dicha tensión. Su reacción al verles por fin fue totalmente espontánea, y le permitió liberar las emociones que había ido acumulando en el entusiasta abrazo que le dio a Kris. Aunque parecía no prestar atención a Talia, era dolorosamente consciente de su presencia. Estaba sentada sobre su montura, tan inmóvil que podría haber sido una estatua, y sin embargo estaba prácticamente contando cada vez que respiraba.

Dirk sabía que recordaría el aspecto que tenía ahora Talia hasta el más pequeño de sus detalles. Le parecía como si su propia piel estuviera del revés.

Cuando Dirk por fin deshizo su abrazo, Kris dijo, con una sonrisa casi malvada:

—No has dado la bienvenida a Talia, hermano. Pensaré que no la recuerdas.

—¿Que no la recuerdo? Eso es poco probable. —Dirk parecía tener problemas para respirar. Kris ocultó una nueva sonrisa.

Talia y *Rolan* estaban apenas a un par de metros de distancia, y Dirk tomó la mano de Talia en la suya.

A Kris se le ocurrió que nunca antes había visto un rostro humano tan semejante al de un buey perplejo.

Talia miró los increíblemente azules ojos de Dirk casi conmovida. Le parecía como si la hubiera alcanzado un rayo. Estuvo a punto de temblar cuando sus manos se tocaron, pero consiguió controlarse con muchas dificultades y le sonrió con labios que se le antojaron rígidos en exceso.

—Bienvenida a casa, Talia. —Eso fue todo lo que dijo, y fue más que suficiente. El sonido de la voz de Dirk, y la sensación de su mirada sobre ella hicieron que Talia deseara lanzarse a sus brazos. Se encontró a sí misma mirándolo fijamente, incapaz de responder.

Talia tenía un aspecto muy distinto del que recordaba Dirk, más esbelta, como si hubiera sido pulida y perfeccionada. Parecía más en control de sí misma, y desde luego más madura. ¿Había en ella una cierta tristeza que no estaba antes? ¿Había consumido su redondo rostro algún dolor?

Cuando tomó la mano de Talia, le pareció como si algo —no sabía bien qué— hubiera ocurrido entre ellos. Si ella también lo sintió, no lo demostró.

Cuando le sonrió, y sus ojos esbozaron la misma sonrisa, Dirk pensó que su corazón iba a dejar de latir.

Había soñado con ella durante estos meses; esos sueños, esa obsesión... Dirk pensaba que estallarían como una burbuja al enfrentarse a la realidad. Estaba equivocado. La realidad solo reforzó su obsesión. Sostuvo la mano de Talia, que temblaba levemente al tocar la suya, y deseó con todo su corazón tener la facilidad de palabra de Kris.

Permanecieron inmóviles en esa posición tanto tiempo que Kris pensó con cierto regocijo, que consiguió ocultar, que probablemente seguirían así para siempre a menos que rompiera su concentración.

—Vamos, compañero. —Dio una palmada en la espalda de Dirk y subió de nuevo a su montura.



Dirk se sobresaltó, como si alguien hubiera tocado una trompeta en su oído, y después sonrió tímidamente.

—Si no nos ponemos en camino, nos perderemos la cena, y no creeríais las veces que he soñado con las cenas de Mero mientras veníamos hacia aquí.

—¿Es eso lo único que has echado de menos? ¿La comida? Debería haberlo supuesto. Pobrecito hermano maltratado, ¿acaso te obligó Talia a comerte tus propios guisos?

—Peor —dijo Kris, sonriendo a Talia—, ¡me hizo comerme los suyos!  
—Le guiñó un ojo a Talia y golpeó levemente el brazo de Dirk.

Cuando Kris rompió el trance en el que se encontraba, Dirk soltó la mano de Talia como si quemara. Cuando Talia miró con infinita gratitud a Kris, es de suponer que por la interrupción, Dirk sintió algo desagradablemente semejante a los celos al ver el agradecimiento en su mirada. Cuando Kris la incluyó en las bromas, Dirk deseó que hubiera sido idea suya, y no de Kris.

—Bruto —le dijo Talia a Kris, haciéndole burla.

—Un bruto hambriento.

—Tiene razón, por mucho que odie dársela —dijo Talia en voz baja, girándose hacia Dirk, que reprimió un estremecimiento; la voz de Talia era más profunda, más serena, y describía pequeños arpegios en el espinazo de Dirk—. Si no nos damos prisa, llegarás tarde. A mí no me importa demasiado, estoy acostumbrada a escamotearle queso y pan a Mero, pero no sería muy considerado hacerte esperar aquí. ¿Cabalgarás con nosotros?

Dirk rió para ocultar la vacilación de su voz:

—Tendrás que atarme de pies y manos para evitar que os acompañe.

Dirk y Kris subieron de nuevo a lomos de sus monturas con un crujido del cuero, y cabalgaron con Talia situada entre ellos, lo que proporcionó a Dirk la excusa que necesitaba para mirarla. Talia mantenía la vista al frente, o contemplaba las orejas de *Rolan*, excepto cuando respondía a alguno de ellos. Dirk no estaba seguro de si debería estar molesto o satisfecho. Talia no dedicaba ni un ápice más de atención a ninguno de los dos, pero Dirk comenzó a desear con fuerza que le mirara con mayor frecuencia de lo que lo hacía.

Un terrible temor empezaba a abrirse paso en su corazón. Talia había pasado el último año y medio en compañía de Kris. ¿Y si...?

Comenzó a estudiar el comportamiento de Kris, dado que Talia no le daba ninguna pista. Dicha inspección parecía confirmar sus temores. Kris se encontraba más a gusto con Talia de lo que nunca se había encontrado con otra mujer; reían y bromeaban como si su amistad fuera cosa de años y no de meses.

Empeoró cuando llegaron a las cuadras y Kris se ofreció a ayudarla a desmontar con fingida galantería. Ella aceptó su ayuda con altivez impostada, y desmontó con un ágil movimiento. ¿Había reposado la mano de Kris en la de Talia un instante más de lo que sería necesario? Dirk no podía estar seguro. No actuaban como amantes, pero nunca antes había visto a Kris tan próximo a dicho comportamiento.

Desensillaron a sus compañeros y colocaron los arreos en su lugar apropiado tras la debida limpieza. El puesto de Dirk estaba bastante limpio, pero los de Kris y Talia necesitaban más trabajo del que podía realizarse en una hora; tras haber pasado tanto tiempo fuera, tendrían que dedicar mucho tiempo a la limpieza. Dirk contemplaba a Talia con el rabillo del ojo mientras ella trabajaba, murmurando entre dientes. Kris seguía parlotando, y Dirk respondía con monosílabos, distraídamente. Deseó poder hablar con ella a solas unos minutos.

No tuvo más tiempo para proseguir su observación. Keren, Sherrill y Jeri aparecieron surgidas de la nada como magos, y la llevaron a sus aposentos junto con sus cosas, dejando a Dirk solo con Kris.

—No sé tú, pero yo me muero de hambre—dijo Kris, mientras Dirk contemplaba con tristeza el cuarteto que se alejaba. Talia llevaba su arpa *Mi Dama*, mientras que las otras se repartían el resto de sus cosas—. Dejemos a estos cuadrúpedos en paz y vamos a comer algo.

—¿Y bien?—preguntó Keren, con su áspera voz llena de implicaciones, cuando las tres mujeres escoltaron a Talia hasta la privacidad de su cuarto.

—¿Y bien qué?—replicó Talia, mirando a la cada vez más canosa monitora de equitación con ojos recatados mientras ordenaba sus cosas.

—¿Qué? ¿Qué? Vamos, Talia...—rió Sherrill—, ¿sabes exactamente de qué estamos hablando! ¿Cómo fue? Tus cartas no eran exactamente demasiado largas, ni informativas.

Talia reprimió una sonrisa y miró con gesto inocente a la socia de vida de Keren.

—¿Personal o profesionalmente? —preguntó.

Jeri toqueteó la empuñadura de la daga de su cinto significativamente.

—Talia —advirtió—. Si no dejas de poner a prueba nuestra paciencia, quizá *Rolan* tenga que buscarse a otro heraldo de la reina esta misma noche.

—Bien, si vais a poneros así... —Talia retrocedió, entre risas, mientras Sherrill, con sus ojos castaños entrecerrados en un gesto de pura ferocidad, torcía sus largos dedos en forma de garras y saltaba hacia ella. Talia se hizo a un lado en el último momento, y la alta mujer castaña aterrizó en la cama—. ¡Vale, vale, me rindo! ¿Qué queréis saber primero?

Sherrill se puso en pie ágilmente, riendo.

—¿Qué crees? —preguntó—. Skif sugirió que tú y Kris empezabais a entenderos, pero no dio más pistas.

—Llegamos a entendernos, sí, pero eso es todo. Sí, compartimos almohadas, y no, no hay nada entre nosotros más que una amistad y mucho entendimiento.

—Es una lástima —replicó con buen humor Jeri, y se recostó en el sofá de la sala de estar de Talia. Jugeteó con un mechón de su cabello castaño con un dedo—. Esperábamos un apasionado romance.

—Lamento decepcionaros —respondió Talia, que no parecía lamentarlo en absoluto—. Aunque, si habíais pensado en intentarlo, por otro lado...

—¿Eh? —Jeri se esforzó por no parecer demasiado interesada, pero no lo consiguió.

—Bueno, cuando haya conseguido librarse de Nessa...

—¡Ja!

—No te rías, creemos que puede hacerse. Cuando deje de perseguirle, se encontrará muy solo, y es un... compañero tan agradable como Varianis afirma que es. Jeri, no babeas de manera tan evidente, ¡no es un tazón de leche!

Jeri pareció abochornada, y se puso tan roja como los cojines del sofá; Sherrill y Keren se reían de su turbación.

—No ha sido para tanto, ¿verdad?

—Desde luego que sí. Guárdate tus pensamientos predatorios para ti si no quieres asustarle igual que lo hizo Nessa —la amonestó Keren con

una sonrisa burlona—. En cuanto a ti, pequeño centauro, tu timidez con los hombres parece haber desaparecido por completo. Supongo que les debo una disculpa a Kyril y Elcarth. Pensé que asignarte a él era una locura. Bien, una vez satisfecha nuestra lascivia, ¿cómo fue el trabajo?

—Es una larga historia, y antes de entrar en ella... ¿habéis comido? Tres respuestas afirmativas hicieron que asintiera.

—Bien, yo no. Tenéis dos opciones: Podéis esperar a que cene para seguir con los chismes...

Se quejaron con fingido fastidio.

—O podéis registrar mi llegada y traerme algo de la cocina. Si Selenay o Elspeth me necesitan, enviarán a un paje.

—Iré a registrarla. —Jeri salió a toda prisa por la puerta y bajó la escalera de espiral.

—Iré a reunir un festín. Parece que has perdido peso, y cuando Mero descubra que es para ti, probablemente saqueará la despensa. —Sherrill desapareció tras Jeri.

Keren se alejó del muro en el que se había estado apoyando.

—Salúdame como es debido, condenada cría. —Sonrió, y extendió los brazos.

—Keren... —Talia abrazó a la mujer que había sido su amiga, su madre y su hermana, y lo que es más, lo había sido con todo el fervor de su corazón—. Dioses, te he echado de menos.

—Y yo a ti. Has cambiado, y para mejor.

Keren la abrazó fuertemente, después la apartó de sí, con sus manos en los hombros de Talia, y la contempló en un intenso escrutinio.

—No suelo ver mis esperanzas cumplidas con semejante exactitud —dijo.

—No seas tonta. —Talia enrojeció—. Ves lo que no hay.

—No lo creo. —Keren sonrió—. Los dioses saben que eres la peor jueza posible cuando se trata de evaluarte a ti misma. Querida, te has convertido en todo lo que esperaba de ti. Pero... no fue tan sencillo como pensábamos que sería, ¿verdad?

—No, no lo fue. —Talia suspiró—. Keren, mi talento... perdí el control. Se volvió loco. A máxima intensidad.

—¡Por todos los dioses! —Contempló a Talia con verdadera atención, clavando sus ojos grises en los de la muchacha—. ¿Cómo diablos ocurrió? Pensé que habíamos entrenado...

—Como hicieron todos.

—Espera un momento. Deja que reúna todas las piezas por mí misma... Completaste la clase de Ylsa. Deja que recuerde... —El ceño de Keren se frunció—. Creo recordar que mencionó algo de querer enviarte a los sanadores para recibir un entrenamiento especial, que no se sentía demasiado cómoda tratando con una émpata cuando su especialidad era la detección de pensamientos.

Keren dio la espalda a Talia y comenzó a pasear, un hábito con el que la joven estaba familiarizada, pues Keren aseguraba que no podía pensar si se quedaba quieta.

—Bien... supuse que se habría ocupado de eso, puesto que pasaste mucho tiempo con los sanadores. Pero no lo hizo, ¿verdad? Y entonces fue asesinada...

—Por lo que pudimos averiguar Kris y yo, los heraldos supusieron que los sanadores me estaban entrenando como émpata, y los sanadores asumieron que los heraldos ya lo habían hecho porque yo parecía tenerlo todo bajo control. Pero no era así; solo actuaba por instinto. Y cuando perdí el control...

—¡Dioses! —Keren se paró en seco y puso ambas manos sobre los hombros de Talia—. Pequeña, ¿estás segura de que estás bien?

Talia recordó vívidamente las horas de práctica a las que la había sometido Kris, las dolorosas sesiones con los dos Compañeros literalmente atacándola mentalmente.

—Estoy segura. Kris es maestro de talentos, después de todo. Me enseñó todo lo fundamental, y *Rolan* y *Tantris* ayudaron.

—¿De veras? Eso es muy interesante... —Keren levantó una ceja en un gesto elocuente—. Por norma, los compañeros no intervienen directamente.

—No creo que tuvieran elección. El primer mes estuvimos bloqueados por la nieve en ese apeadero, y entonces descubrimos que esos malditos rumores habían llegado hasta nuestro sector y no nos atrevíamos a buscar ayuda externa. Solo habría servido para confirmar las habladurías.

—Es cierto. Si yo estuviera en el círculo, preferiría mantener todo esto en secreto. Dejar que todo el mundo sepa que la pifiamos tan gravemente contigo no haría ningún bien, sino probablemente mucho mal. Determinadas personas, sí. Y sin duda esto quedará en los anales, de modo que no volvamos a repetir el mismo error con el próximo émpata, pero... No, no creo que esto deba saberse.

—Esa era la opinión de Kris, y yo estoy de acuerdo. Eres la primera persona en saberlo aparte de nosotros dos. Se lo diremos a Kyril y Elcarth, y eso es todo.

—Bien —dijo Keren lentamente—. Sí, deja que esos dos se preocupen de quién más debería saberlo. Bien está lo que bien acaba, supongo.

—Estoy bien —repitió enfáticamente Talia—. Ahora tengo control absoluto, un control que no puede romper ni siquiera *Rolan*. Me alegra que ocurriera; he aprendido mucho, y eso me ha hecho pensar en cosas en las que nunca había pensado.

—Está bien. En ese caso, vamos a quitarte esos harapos y llevarlos a la lavandería... sí, todos; no dejaremos ni una prenda para mañana. Tras tu entrenamiento, toda tu ropa necesitará un buen apaño. Ten. —Se zambulló en el armario de madera de Talia y emergió con una cómoda y suave bata—. Ponte esto. No irás a ninguna parte esta noche, y por la mañana Gaytha dejará un buen montón de ropa nueva junto a tu puerta. Aunque, a juzgar por tu aspecto, te quedará algo holgada, dado que habrán diseñado las prendas con tus antiguas medidas. Todos tenemos que ponernos al día. Ah, y tengo un mensaje de Elspeth: «Gracias a la Dama, y te veré por la mañana».